

Autor: [Jorge A. Blanco](#)

Departamento de Audiovisuales Editorial SAN PABLO

audiovisuales@san-pablo.com.ar

Sin duda que éste es uno de los momentos más trascendentes del año. La celebración del nacimiento de Jesús nos brinda una pausa en la vorágine laboral y social en la que cotidianamente estamos inmersos. Hasta los avisos comerciales y publicitarios de diferentes medios se encargan de representar idealizadamente –al menos por unos días–, un mundo más humano, en el que reina la paz y la cordialidad entre los hombres.

¿De qué manera vivimos nosotros este tiempo de Navidad, en nuestra casa, familia, comunidad, grupo, movimiento, etc.?

Como señalábamos en las notas precedentes, la serena alegría que nos trae la Navidad no debería convertirnos en sujetos pasivos, que se contentan simplemente con brindar, contemplando los ruidosos festejos pirotécnicos de medianoche o la llamativa decoración que luce nuestra ciudad para la ocasión. El nacimiento del Salvador nos debe motivar a ser activos transmisores de la Buena Nueva; a compartir la alegría auténtica y duradera que nace de la certeza de que nos ha nacido un niño, el Emmanuel, el Dios con nosotros; a colaborar y renovar nuestro compromiso con él, a pesar de nuestras limitaciones, de construir un mundo más fraterno y solidario.

Por ello, y para profundizar nuestra reflexión personal y comunitaria, les comparto esta leyenda navideña, publicada en el libro *Con ojos de niño* (Carlos Bazarra, Venezuela, SAN PABLO, 1994):

Un día, Dios miró a la tierra desde el cielo y vio que el mundo era como un inmenso archipiélago: un mar lleno de islas, millones de islas, nada más que islas.

Y en cada isla, vivía una sola persona, sólo una persona que no se podía comunicar con nadie, porque las aguas que separaban las islas eran profundas y tumultuosas.

La gente se estaba volviendo loca: no podían saludarse ni hablar con los otros; no podían compartir ni un café ni un pedazo de pan. No es que no hubiera comida en cada isla. Había alimentos, pero faltaba amor, que es tan necesario como el pan.

Y como no había manera de entrar en contacto con los demás, estos solitarios no tenían otra diversión que tirar piedras desde su isla hasta la más próxima. Adquirieron tanta destreza, que las piedras alcanzaban gran velocidad, y, a veces, herían gravemente al habitante de las islas cercanas. De ese modo, el archipiélago se convirtió en una guerra a muerte, en un infierno: todos tirando piedras a todos.

Dijo Dios: –No sé cómo se pudo llegar a esta situación. Hay que encontrar un remedio. Y el Espíritu Santo sugirió: – ¿Por qué no enviamos al Verbo, que es nuestra Sabiduría, para que construya puentes entre las islas? Así, la gente se podría encontrar y saludar, y dejarán de tirarse piedras.

El Verbo estuvo de acuerdo. Y se hizo hombre en el seno de María. Desde entonces, comenzaron a construirse muchos puentes.

La palabra es un puente. Cuando una persona se niega a hablar a otro, es que se ha encerrado en una isla. Necesita un puente. Que vaya y que diga a su vecino: – ¿Cómo amaneció? Acaba de construir el puente de la palabra.

La sonrisa es un puente. No te aísles en un islote con cara seria. Sonríe a los demás y habrás construido el puente de la sonrisa.

Un regalo es un puente. Te habías alejado de los pobres, pero, de pronto, les llevaste una bolsa de alimentos. Levantase el puente de la solidaridad.

Y así es como la Navidad eliminó el inmenso archipiélago de este mundo. Ahora hay puentes por todos lados: puentes de fe, de confianza, puentes de amor, puentes de perdón. Todos tenemos la tarea de ser pontífices, constructores de puentes.

María, cuando le dijo “Sí” al ángel, hizo posible todos estos puentes, porque nos trajo al pontífice por excelencia, que es el niño Jesús. Él comenzó, con su nacimiento, a construir puentes sobre el mar del odio, de las venganzas, de la codicia y el egoísmo.

Pero es mucho trabajo para uno solo. Jesucristo nos pide a todos...:”Ayúdenme a construir puentes de alegría y felicidad”.

¿Todavía no has construido ningún puente?

Entonces, sigues encerrado en tu isla. Y no podrás celebrar la Navidad.

Para la reflexión personal y grupal:

- ↻ ¿Cómo era la situación del mundo en la descripción que hace el relato?
- ↻ ¿Cuáles eran las actitudes de los hombres de aquel entonces?
- ↻ ¿Encontramos alguna coincidencia o similitud entre la situación del mundo descrito en el cuento y la situación de nuestro mundo actual?
- ↻ ¿Cuál ha sido la respuesta del Creador ante esa situación?
- ↻ ¿Por qué esta leyenda define a la Navidad y la compara con un puente?
- ↻ ¿Qué significado tiene hoy, para nosotros, esta invitación a “construir puentes”?
- ↻ ¿Cuáles son los “puentes” que debemos ayudar a construir en nuestra situación familiar, comunitaria, laboral, barrial, etc.?

Definamos, en breves palabras, aquello que nos motivó la lectura de este relato. A partir de esto, nos proponemos cumplir algún propósito personal y/o grupal, durante este tiempo de Navidad.

Para profundizar la reflexión

“Os anuncio una gran alegría...: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor” (cf. Lc 2, 10-11). Esta noche hemos escuchado de nuevo las

palabras del ángel a los pastores y hemos revivido el clima de aquella Noche santa, la Noche de Belén, cuando el Hijo de Dios se hizo hombre y, naciendo en una humilde gruta, puso su morada entre nosotros. En este día solemne, resuena el anuncio del ángel, que es también una invitación para nosotros, hombres y mujeres del tercer milenio, a acoger al Salvador. Los hombres de hoy no deben dudar en recibirlo en sus casas, en las ciudades, en las naciones y en cada rincón de la tierra. Es cierto que, en el milenio concluido hace poco, y especialmente en los últimos siglos, se han logrado muchos progresos en el campo técnico y científico; son ingentes los recursos materiales de los que hoy podemos disponer. No obstante, el hombre de la era tecnológica, si cae en una atrofia espiritual y en un vacío del corazón, corre el riesgo de ser víctima de los mismos éxitos de su inteligencia y de los resultados de sus capacidades operativas. Por eso, es importante que abra su mente y su corazón a la Navidad de Cristo, acontecimiento de salvación que puede infundir nueva esperanza a la existencia de todo ser humano.

“Despiértate, hombre: por ti, Dios se ha hecho hombre” (San Agustín, Sermón, 185). ¡Despiértate, hombre del tercer milenio! En Navidad, el Omnipotente se hace niño y pide ayuda y protección; su modo de ser Dios pone en crisis nuestro modo de ser hombres; llamando a nuestras puertas nos interpela, interpela nuestra libertad y nos pide que revisemos nuestra relación con la vida y nuestro modo de concebirla. A menudo, se presenta la edad moderna como si la razón despertara del sueño, como si la humanidad hubiera salido finalmente a la luz, superando un período oscuro. Pero, sin Cristo la luz de la razón no basta para iluminar al hombre y al mundo. Por eso, la palabra evangélica del día de Navidad –“era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre” (Jn 1, 9) – resuena más que nunca como anuncio de salvación para todos. Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado (Const. [Gaudium et spes](#), 22).

Hombre moderno, adulto y, sin embargo, a veces, débil en el pensamiento y en la voluntad, ¡déjate llevar de la mano por el Niño de Belén! ¡No temas, fíate de él! La fuerza vivificante de su luz te impulsa a comprometerte en la construcción de un nuevo orden mundial fundado sobre relaciones éticas y económicas justas. Que su amor guíe a los pueblos e ilumine su conciencia común de ser “familia” llamada a construir vínculos de confianza y de ayuda mutua. Una humanidad unida podrá afrontar los numerosos y preocupantes problemas del momento actual: desde la amenaza terrorista hasta las condiciones de pobreza humillante en que viven millones de seres humanos, desde la proliferación de las armas hasta las pandemias y el deterioro ambiental que pone en peligro el futuro del planeta.

En Navidad, nuestro espíritu se abre a la esperanza contemplando la gloria divina oculta en la pobreza de un Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre: es el Creador del universo reducido a la impotencia de un recién nacido. Aceptar esta paradoja, la paradoja de la Navidad, es descubrir la Verdad que nos hace libres y el Amor que transforma la existencia. En la noche de Belén, el Redentor se hace uno de nosotros, para ser compañero nuestro en los caminos insidiosos de la historia.

Tomemos la mano que él nos tiende: es una mano que no nos quiere quitar nada, sino sólo dar.

Entremos con los pastores en la cueva de Belén, bajo la mirada amorosa de María, testigo silencioso del prodigioso nacimiento. Que ella nos ayude a vivir una feliz Navidad; que ella nos enseñe a guardar, en el corazón, el misterio de Dios, que se ha hecho hombre por nosotros; que ella nos guíe para dar al mundo testimonio de su verdad, de su amor y de su paz.

(Extracto del mensaje Urbi et Orbi de Benedicto XVI, el 25 de diciembre de 2005).

Para rezar:

Felices los que no se aferran al dinero, ni los esclaviza la riqueza, y son capaces de compartir; a ellos Dios siempre los alimentará y protegerá en su Reino.

Felices los que tienen un corazón simple y sencillo, capaz de ver, en un Niño, la Palabra eterna de Dios; a ellos, Dios los hará “hijos suyos”.

Felices los que sueñan por un mundo mejor y trabajan por ello; Dios hará que sus utopías de futuro sean un presente eterno.

Felices los que se preocupan por el prójimo, en los hospitales, en las escuelas, en las cárceles, en la vida cotidiana; Dios no los dejará sin recompensa.

Felices los que hacen de la Navidad un estilo de vida, lleno de esperanza, alegría y espíritu de servicio; Dios los asociará al coro de ángeles para que canten eternamente: “Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres amados por él”.

(Extracto de la oración publicada en *¿Cómo preparar Adviento y Navidad?*, Equipo de redacción de El Domingo, Buenos Aires, SAN PABLO, 2007).

¡Feliz Navidad!